

CAMINOS DE LA ESCULTURA CONTEMPORÁNEA

Javier Maderuelo, Ediciones Universidad de Salamanca,

Salamanca, 2012. 349 págs.

ISBN 978-84-9012-045-3

Cuando hablamos de escultura, estamos sin duda ante la disciplina que se ha transformado más profundamente a lo largo del siglo XX. Su proceso ha asumido una serie de renunciaciones que eran consustanciales a su naturaleza, al tiempo que se apartaba de aquello que era considerado como la materialización de los ideales del clasicismo. Así llega a una serie de nuevas estructuras a las que realmente casi no sabemos como darles nombre

En este libro, el profesor Maderuelo hace un estudio de la escultura del siglo XX a través de un conjunto de figuras señeras, doce autores en total, cuyas trayectorias forman hitos indispensables de la escultura contemporánea.

No se trata pues de una historiografía exhaustiva de la escultura, ni de un catálogo de movimientos y obras sino de una serie de reflexiones sobre ella a través de los autores que trata. Doce escultores a cuya trayectoria dedica su respectivo capítulo, un texto proveniente de publicaciones o de conferencias inéditas, impartidas por el profesor Maderuelo en distintos foros artísticos. El conjunto de estudios abarca desde principios de siglo XX, con el dedicado a Lipchitz pasando por Julio González, Marino Marini, Isamu Noguchi, Angel Ferrant, Chillida, Donald Judd, Claes Oldenburg, Robert Smithson, hasta Alberto Carneiro, David Nash y Per Kirkeby, y que no sólo supone un análisis crítico y razonado de sus trayectorias plásticas, sino que esta relación, aunque en principio parezca elegida un tanto al azar, sirve para hacer una penetrante reflexión sobre los variados comportamientos de la propia escultura.

Desde principios del siglo XX, cuando la obra de Rodín empezaba a ser reconocida como la gran renovadora de la escultura europea, surgía un movimiento de reacción contra ella. Algunos escultores, incluso sus propios discípulos, aun admirándolo, buscaron otros caminos, primero más contemporizadores y más tarde decididamente rupturistas con aquello que los planteamientos rodinianos tenían aun de la estatuaría decimonónica.

Pero el punto de partida de la nueva escultura, –como explica el profesor Maderuelo–, fue aportado por pintores ocasionalmente metidos a escultores quienes exploraron nuevos métodos y materiales y quienes concretaron diferentes maneras de hacer que la apartarían, definitivamente, de conceptos, técnicas y materiales tradicionales.

La apertura de la escultura, su rebasar el límite impuesto por su condición de bulto redondo o de volumen en el espacio, se operará desde dos frentes que guardan una cierta relación. El primero germinó dentro de las mismas investigaciones cubistas, desplazando definitivamente la representación antropomórfica de las sucesivas experiencias escultóricas. Estas tentativas pioneras, experimentadas desde una de las orientaciones del cubismo, quizá la más tradicional, llevaría a Lipchitz –autor que inicia este estudio– a la experimentación con el desencaje de planos geometrizados, a la dislocación de las figuras y a contracción de sus partes que son concebidas como una unidad. Por otra parte, y junto a la indudable influencia de las máscaras y tótems de la cultura tribal del

Africa negra, la otra vía investigadora es la iniciada por Picasso en los collages y ensamblajes lo que dará lugar a unas formas escultóricas que ya no son modeladas, ni talladas, sino construidas. o montadas a base de líneas, y planos, a veces suspendidos y tensos, como formas flotantes interviniendo y formando parte del propio ámbito espacial.

Esta es quizá la aportación más revolucionaria al campo de la experiencia plástica dotándola de una originalidad desconocida. Ello supuso una insólita expansión de las posibilidades creativas que conllevó a la utilización de materiales inéditos para el arte escultórico: Madera pintada, papel, placas de metal, alambres, cosas obtenidas del desecho o elementos encontrados en la naturaleza permitirán toda una riqueza compositiva y de planteamientos con los que se acabará revolucionando el concepto mismo de la escultura.

Previamente el profesor Maderuelo hace incursiones en el análisis de obras más tradicionales, pero con clara vocación de esculturas en espacios abiertos. Así desde la belleza sensual de las "pomonas" de Marino Marini a los jinetes cabalgando en los caballos espantados de este autor, cuyo lenguaje plástico lleva a sus caballeros y monturas a unos planteamientos cada vez más esencializados y abstractos. Por otra parte, la obra de Isamu Noguchi que acabaría convirtiéndose a la escultura en delicados jardines zen.

Construida por placas de metal y alambres, soldaduras y concebida con formas al borde de la abstracción, la escultura se rebela con Julio Gonzalez que, como señala Javier Maderuelo, es refundador de la disciplina escultórica convirtiéndola en un arte del siglo XX. Un camino que seguirán Angel Ferránt, Chillida, Oteiza, Chirino, o Calder en pioneras investigaciones sobre el hierro, dotando a las nuevas formas plásticas de un carácter aéreo, como elementos que están en y con el espacio. Destaca a Angel Ferrant y su fundamental estela en el desarrollo de la plástica de vanguardia en España, Una obra que se define por sus insinuaciones expresionistas y gestuales y, sobre todo, por esa sutileza lúdica que impregna todas sus formas tanto en las que ensambla con objetos encontrados, como en las líneas y planos con que construye las realizadas en hierro.

En este material de honda tradición en la plástica española trabaja en gran parte de su trayectoria, Eduardo Chillida abriendo nuevos caminos a la escultura. Y aunque utilizará también otros materiales, el trabajo en hierro y su búsqueda de lo que tiene de esencial, junto con la soldadura autógena como procedimiento, sirven a Chillida como excusa para indagar en formas ancestrales y primigenias.

Dos escultores entre lo moderno y el concepto de campo expandido sirven como transición entre una escultura objetual aun transportable y cerrada frente a su despliegue y multiplicidad en el espacio. Son las estructuras geométricas y seriadas del minimalista Donald Judd, el último de los modernos" –como lo denomina Maderuelo–. El otro Claes Oldenburg con una obra de clara vocación pública, recrea el mundo visual de la sociedad de consumo que es elevado a un "oficio monumental". Un trabajo a todo color y a gran escala de los objetos cotidianos con el que desvirtúa y satiriza toda la solemnidad grandilocuente del monumento histórico.

Los últimos autores de esta saga, Robert Smithson, el portugués Alberto Carneiro, David Nash y Per Kirkeby, realizan un trabajo íntimamente relacionado con la naturaleza y suele situarse en el espacio exterior. En Robert Smithson el estudio se centra básicamente en un pormenorizado análisis de la gran espiral del Gran Lago Salado, punto culminante de su trayectoria, sobre la que el autor considerara que en ella se proyectan muchos de los actos y aspiraciones de su vida y se condensan la mayoría de las ideas sobre el mundo y sobre el arte. La obra de Alberto Carneiro –al que Maderuelo comisarió una exposición en el CGAC de Santiago– también es rigurosamente analizada en las páginas de este libro. A través de sus páginas se nos presenta a un artista que actúa en absoluta comunión con la naturaleza explorándola sensitivamente con una gran elementalidad en una obra de sutiles incitaciones alusivas a ella. El empleo directo de elementos naturales, transformados en una obra de arte, especialmente árboles, con los que Carneiro plantea a veces los actos creativos como rituales, en los que él mismo ejerce como *transformer*.

Bosques de esculturas gusta crear a David Nash, utilizando distintos tipos de madera des-

de árboles vivos a los que irá dando forma en su propio crecimiento, tablas, listones serrados o tocones quemados, todo un repertorio de formas orgánicas con las que construye sus obras que suele ubicar en espacios abiertos. Como señala Maderuelo, David Nash se sitúa en una posición de intermediario entre la actividad vitalista de la naturaleza y la supuesta lógica racional de la cultura caracterizada por la voluntad de formalización.

La propuesta de Per Kirkeby, el último de los artistas tratados se enmarca en esa versatilidad de todo su trabajo, y así lo es también cuando practica la escultura desde estructuras modeladas y pasadas a bronce en formas tectónicas, como volúmenes autónomos contruidos en ladrillo que es uno de sus materiales preferidos.

También refiere Maderuelo como sus esculturas surgen de la materialización de ideas, como iconos de un pensamiento atemporal que se inscribe en los pliegues de los muros y en el ritmo de los huecos de esas misteriosas formas.

Sirva esta breve síntesis como indicativo del interés de los trabajos escultóricos que este libro contiene, la labor de doce artistas cuya trayectoria el autor estudia atentamente traspasando las puras formas visuales que la escultura ofrece para penetrar con profundidad en las intenciones de sus creadores y con ello en cada uno de sus procesos creativos.

María Luisa Sobrino Manzanares
Universidade de Santiago de Compostela